

Rogan, Tim, *The Moral Economists. R.H. Tawney, Karl Polanyi, E.P. Thompson, and the Critique of Capitalism*. Princeton: Princeton University Press, 2017. 263 pp.

*The Moral Economist* de Tim Rogan —un joven académico de Cambridge— es un libro que puede leerse de distintas maneras. En primer lugar, es una contribución importante a la comprensión de tres figuras importantes del siglo XX para la historia, la economía y las ciencias sociales: R. H. Tawney, Karl Polanyi y E. P. Thompson. En segundo lugar, es la presentación histórica del ascenso y declive de lo que el autor llama la «crítica moral al capitalismo», que se encarnaría en estos tres pensadores y recogería el romanticismo de figuras como Thomas Carlyle o John Ruskin, así como la tradición cristiana-socialista de inicios del siglo veinte. En tercer lugar, es una historia intelectual de la Gran Bretaña del siglo XX, un trasfondo de ideas políticas y propuestas de gobierno que se entrelazan con las obras de estos «economistas morales» y permiten ver fenómenos como el activismo cristiano en la época de las Guerras y el auge de la «educación para adultos». Y finalmente, también el libro guarda una propuesta interpretativa para reactivar la crítica moral del capitalismo, que el autor considera central para acompañar las actuales críticas al funcionamiento del sistema de mercado —como la que se enfocan en la desigualdad o la insostenibilidad ambiental—. En este sentido, el libro puede leerse tanto como una historia de pensamiento económico y una historia del socialismo inglés, e incluso como una teoría crítica.

El libro se divide en cuatro capítulos, una introducción y una conclusión. La introducción plantea la problemática de la crítica moral al capitalismo, que, a diferencia de críticas de tipo funcional, busca destacar los problemas del sistema de mercado por sus efectos en las dimensiones morales humanas que permiten la cohesión social y el desenvolvimiento personal. El primer capítulo trata sobre R.H. Tawney (historiador económico y crítico social inglés, 1880-1962) y nos introduce a la particular línea inglesa de la crítica moral. La propuesta de Tawney, desde una posición cristiana influida por el socialismo, buscará encontrar un punto medio entre el énfasis en el individuo del utilitarismo del capitalismo, y el colectivismo comunista. Ese punto medio, para Tawney habría estado ya presente en los primeros momentos del capitalismo (que él sitúa en el siglo XVI), cuando sobrevivían otras formas de valorar la vida social frente a la creciente lógica de mercado que amenazaba con disolver el lazo social.

El segundo capítulo reseña el trabajo de Karl Polanyi (húngaro, 1886-1964, pero exiliado en Inglaterra en los años cuarenta), y enfatiza su trabajo en relación con las redes de socialistas cristianos británicos (sobre todo sus estudios sobre el fascismo) y la escritura de *La gran transformación*, que se lee en relación con este trasfondo histórico. El tercer capítulo reseña cómo la transformación del capitalismo tras la Segunda Guerra Mundial afecta el pensamiento socialista, y lleva a algunos a la conclusión de que se estaba «trascendiendo el capitalismo». En cualquier caso, Rogan señala cómo la aparente resolución



de problemas funcionales del capitalismo aún dejaba abiertos problemas morales que distintos pensadores empezaron a tomar en cuenta (entre ellos, Karl Mannheim, a quien Rogan dedica una sección).

En el cuarto capítulo se reseña al tercer «economista moral», E.P. Thompson (historiador inglés, 1924-1993); se presenta su trayectoria hasta la publicación de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. El capítulo cierra con los debates entre Thompson y la joven nueva izquierda en relación con la teoría de Althusser y el «tercer mundo». La conclusión no solo resume los argumentos del libro, sino que desarrolla la tesis de Rogan sobre la necesidad de re-leer la teoría de la elección social de Kenneth Arrow y Amartya Sen, como una manera contemporánea de rehabilitar la crítica moral reseñada a lo largo del libro.

La principal propuesta del libro es plantear un relato de progresiva sofisticación de la crítica moral, desde los románticos hasta Thompson, que se entrelaza con un relato de dificultades y eventual declive de esta línea de crítica. Esta historia de declive le permite a Rogan plantear su estrategia para revivir la crítica moral del capitalismo en la actualidad, que implica recuperar a Karl Polanyi (como el «economista moral» más actual) y relacionarlo con la interpretación de la teoría de la elección social de Amartya Sen. Esta estrategia plantearía la crítica moral como una crítica *inmanente* a la economía; es decir, como una disputa al interior de la disciplina más que *externa* a esta; lo que harían Polanyi y Sen sería ver que la economía no puede sostenerse en presupuestos puramente utilitarios, sino que (desde Adam Smith) incorpora elementos normativos y morales. En lo que sigue de esta reseña explicaré y comentaré estos argumentos.

El argumento de la sofisticación plantea dos momentos importantes, el paso de Tawney a Polanyi, y el de Polanyi a Thompson. La gran contribución de Polanyi, para Rogan, está en que logra secularizar el argumento cristiano de Tawney, al hacer la crítica moral más efectiva en tiempos en donde la autoridad de la Biblia y la doctrina cristiana perdían terreno. Mientras Tawney criticaba a la economía *mainstream* y al capitalismo, por olvidar el «valor infinito» del hombre como preconiza la doctrina de la encarnación— al reducirlo a un sujeto hedonista, Polanyi trató de fundamentar su crítica en la filosofía del joven Marx, a la que él había tenido acceso en Hungría y Austria. La crítica de Marx a la alienación, la idea del ser genérico y la posibilidad de una sociedad reconciliada fueron las bases filosóficas con las que Polanyi buscó rescatar la crítica moral, sin tener que recurrir a un lenguaje excesivamente religioso. Posteriormente, según relata Rogan, a Polanyi tampoco le satisfizo la antropología histórica de Marx y buscó fundamentar su crítica a la economía a través de una relectura de la historia del pensamiento económico, y en particular de la figura de Adam Smith como propulsor de una economía política no utilitarista.

El segundo momento de sofisticación se relaciona con la dificultad que tuvo Polanyi para popularizar el argumento histórico de *La gran transformación*. Rogan nos recuerda en el libro que este texto, hoy una obra indispensable y pionera de enteros campos disciplinarios, no tuvo tanto éxito en su momento y fue muy criticada por la intelectualidad

británica. El centro de la discusión estaba en la lectura de Polanyi de que el capitalismo, es decir el sistema de mercado autorregulado, se estableció realmente solo a mitad del siglo XIX, habiendo existido hasta ese entonces fuerzas sociales que contenían al mercado. Esta lectura de la transición del feudalismo al capitalismo contradecía el consenso historiográfico británico, que —como Tawney— postulaba los siglos XVI y XVII como el momento de transición. Rogan desarrolla muy bien la lógica detrás de Polanyi para esta relectura histórica: Polanyi consideraba insostenible una sociedad de mercado pura, pues esta necesariamente generaría un contra-movimiento (el famoso *double movement*) que articularía fuerzas sociales que la contendrían. Esto se hizo evidente en la historia con el movimiento socialista que empezó a ganar fuerza a mitad del siglo XIX. Por lo tanto, para mantener esta hipótesis se hacía necesaria caracterizar la época anterior como aún no totalmente capitalista, sino más bien un momento donde persistían la tradición e instituciones con rezagos feudales (como la *Speenhamland Act*) que no permitían la realización de la economía de mercado. Sin embargo, Polanyi no tenía los recursos teóricos e históricos para dar más fuerza a su argumento; este paso recién se lograría con E.P. Thompson, quien introduciría la perspectiva de la «historia desde abajo» que lograría dar más sentido a la idea de que había fuerzas que contenían al capitalismo en el siglo XVIII y XIX, a través de la «historización» de las experiencias de una naciente clase obrera. A esto se le suma el uso del concepto de «economía moral» de Thompson, que permite desarrollar de manera más amplia y creativa la idea de Polanyi del *social embeddedness*.

La historia del declive de la crítica moral, por su lado, estaría tanto en dificultades del proyecto thompsoniano, como en el auge del antihumanismo althussereano y la crítica poscolonial a la historia europea. El argumento crítico (liderado por Perry Anderson en los años sesenta) estribaría en que el socialismo humanista que representaría Thompson era esencialista (al tener una concepción fija de lo humano) y parroquial (al buscar el potencial de la crítica en la historia de la clase obrera anglosajona). En cambio, las corrientes estructuralistas y post-estructuralistas se consideraban más universales y abiertas a comprender los problemas del «tercer mundo». Esto encierra una ironía, que se observa en la defensa de Thompson a los ataques de Anderson («The Poverty of Theory»), pero que Rogan no desarrolla más, ya que conceptos como el de la «economía moral» y la perspectiva de «una historia desde abajo» fueron angulares en la creación misma de la historiografía poscolonial en los años setenta para adelante (por ejemplo, Ranajit Guha en la India). Sin embargo, más allá de todo, lo cierto es que la crítica moral pasó a un segundo plano y las corrientes anti-humanistas adquirieron una centralidad prácticamente hasta la actualidad en varios campos de la teoría crítica y el pensamiento progresista. Aunque Rogan reconoce que hay varias limitaciones en la crítica moral, señala que el abandono de la dimensión moral sería una pérdida para el progresismo, ya que en el caso británico sería la derecha de Powell y Thatcher la que empleará argumentos morales, junto con los económicos, para desmontar el Estado de bienestar y dar paso a su neoliberalización.

Finalmente, Rogan intenta articular una vía para repensar la crítica moral para nuestros días. Su conclusión señala que es necesario recuperar la idea de Karl Polanyi (no continuada por Thompson) de encontrar la crítica al utilitarismo en la propia historia del pensamiento económico. Es decir, la valoración especial de lo humano no sería un principio moral que se buscaría imponer al capitalismo desde un afuera (ya sea la doctrina cristiana o la tradición popular del siglo XVI que Tawney rescataba), sino que este ya se encuentra en las primeras representaciones del capitalismo, como la de Adam Smith. La obra de Smith habría sufrido una caricaturización al presentarlo como un librecambista o pionero de la economía actual en su vertiente utilitaria; por el contrario, los argumentos de Smith presupondrían trasfondos ético-morales, junto con los utilitarios, y estos últimos tendrían sentido solo gracias a los primeros.

Esta intuición de Polanyi, que permite oponer al capitalismo la propia economía política, se habría retomado —para Rogan— en la teoría de la elección social moderna, que reformula la economía del bienestar de los años treinta tras la publicación del Teorema de Imposibilidad de Arrow, esto dentro del *mainstream* económico. La interpretación de Rogan propone que la imposibilidad de la elección social, que Arrow deriva desde los supuestos de elección individual que sostienen los economistas, no implica que la acción social sea *imposible* porque se contradice con la libertad individual (como se habría interpretado equivocadamente), sino más bien se trata de que la idea de «libertad individual» de los economistas es irrealista y no se condice con la realidad de una humanidad que empíricamente muestra una abundancia de elecciones sociales. Es decir, en palabras de Arrow, que «el sistema de valores de un individuo debe ser un esquema de normas socioéticas, cuya comprensión no puede realizarse [...] a través de un comportamiento atomista de mercado» (193).

El economista indio de Cambridge, Amartya Sen, sería quién recogería esta intuición y la desarrollaría hasta constituir un nuevo campo de estudios de desarrollo y bienestar. Según Rogan, «[e]l aspecto representativo [...] de la iconoclasia de Sen ha sido su asalto a la reducción utilitaria de los seres humanos a calculadores racionales, su desdén por los usos analíticos de un hombre económico insular que persigue su propio interés excluyendo toda otra consideración» (196). En ese sentido, Sen recuperaría la intuición de Polanyi de producir lo que vendría a ser una *crítica inmanente* a la economía política, al usar los propios recursos de esta disciplina para ensanchar sus vistas e involucrarla en la producción de mejores marcos teóricos y análisis para fortalecer las solidaridades que incipientemente se exhiben en el mundo contemporáneo. Esto no significa, y Rogan lo deja claro, que la crítica moral reseñada sea solo un prólogo histórico para la teoría moderna de la elección social; por el contrario, el acercamiento histórico a los lazos sociales y a la economía moral son centrales, ya que solo a través de una comprensión histórica de la experiencia individual es que la economía puede diseñar propuestas más justas y efectivas de elección social.

La lectura de Rogan es sugerente y muestra cómo la comprensión de la historia intelectual da elementos para comprender el futuro de la disciplina económica de manera más amplia (incorporando lo normativo, sin abandonar lo analítico), así como también busca contribuir a entender las maneras más eficaces de articular la crítica al capitalismo. Respecto a este último punto, el libro de Rogan muestra algunas limitaciones, ya que, aunque se discute las dificultades de sustentar una crítica moral en un criterio esencialista, no se ahonda más en como el criterio mínimo defendido por el autor de que el ser humano es distinto al animal (al que arribaría Polanyi) es una base filosófica suficiente para una crítica al capitalismo. Es decir, aquí aún surgen preguntas respecto a cómo se define (histórica, políticamente, etc.) este límite entre humano y lo animal, y si un criterio de este tipo es suficiente para enfrentar las paradojas y patologías del capitalismo.

Obviamente, esta observación no afecta el valor central de este libro, que tiene utilidad tanto en su campo (la historia intelectual) como en los distintos campos aledaños, con los que conversa y a los que ofrece recursos (la economía, la teoría crítica, la filosofía moral, etc.). Rogan nos muestra cómo finalmente se abre una interesante doble transformación: por un lado, la crítica moral pasa de argumentos substantivos sobre la naturaleza humana a argumentos más formales y mínimos al respecto; y por otro lado, la teoría económica abandona progresivamente sus supuestos utilitaristas. Rogan considera que la supervivencia de la crítica moral solo se dará a través de una transformación dentro de la economía *mainstream*, básicamente a través de la teoría de Sen del desarrollo humano y el enfoque de capacidades.

Stephan Gruber  
*Departamento de Economía*  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*